

**EL ASESINATO
DE
HIPÓLITO LEÓN MEJÍAS**

Jordi Díez

El payaso de la puerta lo vio acercarse y dio un paso atrás.

El recién llegado, ajeno al bufón y a los niños que se arremolinaban a su alrededor, lo esquivó con fastidio y empujó la puerta del local.

Un olor nauseabundo de grasa quemada, sudor y químicos fritos le obligó a sacarse el pañuelo y taparse la nariz. Al frente, una fila de jóvenes bullosos aguardaba turno para ser atendidos por otros mozalbetes de uniforme. El hombre echó un vistazo y observó con fastidio las fotografías de hamburguesas, papas fritas y refrescos que se anunciaban en un panel luminoso sobre los mostradores. Dejó la fila a un lado y, al caminar, sitió como las suelas de los zapatos se le pegaban en la grasa acumulada en el suelo.

Repugnante.

Una niña gorda como los bebotes que usaban las santeras para engañar a los turistas en la plaza de la catedral intentaba rellenar un vaso de cachú del dispensador y, tras ella, otra joven de carnes flácidas aguardaba con un vaso de cartón mientras toqueteaba un teléfono con unas uñas largas tan falsas como el resto del lugar.

El hombre las miró con asco y paseó su vista sobre la decrepitud de una juventud que allí se mostraba en toda su grandeza. A la edad de aquellos menores, él ya disparaba por encargo. Recorrió el local en tres grandes pasos y lo vio al fondo, ridículo, sentado en una de aquellas mesas con las bancadas pegadas a la misma estructura y que le recordaron a los pupitres del colegio de su Cuba natal. Allí estaba el único comemierda que pasaba de los treinta entre aquel reguero de hombres y mujeres a medio hacer.

Se estiró los faldones de la americana y se pasó las manos por el pecho a modo de plancha. Americana blanca cruzada con tres botones dorados de los que sólo dos estaban abotonados, pantalones también blancos, zapatos de piel marrón a juego con el cinturón, y una camisa verde pastel de la que refulgía una corbata roja combinada con el pañuelo que asomaba del bolsillo de la americana.

—¿No había un lugar más asqueroso? —le preguntó cuando llegó a la mesa.

—No seas nariz parada, que nosotros también venimos del campo —le respondió el hombre levantándose un poco y estirando su mano a modo de saludo.

—Cierto, chico, y esta porquería allí no la hubieran comido ni los puercos —respondió el cubano abarcando con sus brazos las dimensiones del local.

—¿Te vas a sentar? —preguntó el hombre con la mano estirada y el culo a un palmo de la silla.

—Sabes que no puedo quedarme.

—Vamos, aquí no tienen ron, pero siéntate y toma un refresco conmigo, por los viejos tiempos.

—Mira, chico, aunque pudiera, yo no bebo agua envenenada.

—De algo hemos de morir —respondió el otro con una sonrisa torcida mientras se dejaba caer pesadamente sobre el armazón de madera prensada y hierro pintado.

—Cierto, pero con más dignidad —le dijo el cubano exagerando una mueca de repugnancia.

—¿Te crees la gran cosa porque andas vestido como un príncipe? ¡Toda la vida serás el...!

Pero sus palabras quedaron ahogadas en un primer disparo que le reventó la cabeza, seguido de otros dos que le atravesaron el pecho y se incrustaron contra el respaldo de la silla.

—Se vive y se muere con dignidad, carajo, con dignidad.

El hombre se guardó la pistola, todavía caliente, en la cartuchera que se amagaba bajo la americana, paseó la vista por el restaurante y salió a la calle como si le hubieran obligado a oler un dedo metido en un culo ajeno.

—¿Un tiroteo en el McDonald's? —preguntó Guarionex.

—Eso parece, inspector —respondió un guardia desde el umbral de su oficina.

—No joda, ¿en la hora del almuerzo? —se quejó Guarionex.

—Hay una patrulla en el lugar, si quiere les aviso para que no toquen nada y lo esperen hasta que vuelva de comer —sugirió el policía sin atreverse a entrar en la oficina.

Guarionex miró al techo y después al cuadro de Juan Pablo Duarte, uno de los padres de la patria, que decoraba la pared enfrentada a la calle.

—Ya no respetan ni lo más sagrado —le dijo al prohombre pintado en óleo con grandes bigotes y expresión de pasar a la posteridad sin haber ido al baño por varios días.

Bajó las escaleras y salió de la estación. El calor del mediodía, y la fuerte luz tropical, lo obligaron a cubrirse los ojos con la mano a modo de visera mientras localizaba su vehículo en el parqueo. Hacía un par de meses que se había desprendido de su viejo Toyota Camry y aceptado el regalo de su hija, una flamante yipeta, o todoterreno como lo llamaban los gringos, que refulgía al sol como un diente de oro en una boca mellada.

Se metió la otra mano en el bolsillo y sacó el mando a distancia. Pulsó sobre el icono de un candado y los cuatro intermitentes de la Hunday SantaFé se encendieron obedientes. Cruzó después entre un grupo de motoconchos que protestaba a las puertas del destacamento por la obligación de llevar casco, y se repantigó en los asientos de piel de su vehículo.

El contador del salpicadero marcaba casi veinte mil kilómetros y cada vez que lo arrancaba se le escapaba una sonrisa de superioridad.

Pasó por arriba del policía acostado de la entrada de la comisaría y salió a la vieja carretera que comunicaba el aeropuerto de Punta Cana con la zona hotelera. Hasta unos años atrás ésa había sido la única vía de acceso a los hoteles de la zona, pero ahora contaban con el famoso boulevard del Este, la continuación de la autopista que los enchufaba a la capital y alrededor del cual se habían construido centros comerciales, supermercados, tiendas, oficinas de banco, restaurantes e incluso una delegación de la Dirección General de Impuestos Internos. Monte y culebra que un grupo de visionarios, mafiosos, oportunistas y políticos habían decidido convertir en una de las mejores lavanderías del planeta.

Bajó por el boulevard hasta el cruce del Coco Loco y giró a la izquierda en el semáforo. A su derecha brilló el último gran centro comercial recién inaugurado bajo el pomposo nombre de Down Town. En él lucían menesterosos unos cines, un par de pizzerías de cadenas internacionales, una tienda de muebles para pendejos y varios restaurantes de comida rápida, entre ellos el McDonald's donde se había producido el tiroteo.

Una larga fila de coches bloqueaba la carretera, docenas de motocicletas pugnaban por entrar al centro comercial y la gente se agolpaba en masa contra los cristales de la hamburguesería para intentar ver al muerto, cuya noticia había corrido por las redes como la lengua de un incendio forestal empujada por un huracán. Guarionex pulsó sobre el claxon de la Hunday y su pitido se perdió en la cacofonía animada del resto de chóferes atrapados en el tapón.

Por un momento estuvo tentado de sacar la pistola y dar un par de tiros al aire, pero el sonido de una sirena acercándose lo detuvo. Una ambulancia subía por el boulevard en su misma dirección. Esperó a que se pusiera a su lado y se clavó detrás para completar el centenar de metros que lo separaban de la hamburguesería.

Guarionex dejó la SantaFé junto a una camioneta de la policía turística que pugnaba por mantener el interior del local a salvo de los curiosos.

—¿No ha llegado la científica? —preguntó el inspector al guardia que se había apostado en la entrada del local.

—No, comando, usted es el primero.

Guarionex lo miró y asintió.

—¿Testigos?

—Cuando llegamos habían salido todos juyendo. Sólo quedaron los empleados.

—¡Y obligaos! —apostilló otro de los guardias.

Guarionex echó un vistazo y vio a un grupo de jóvenes uniformados detrás de la camioneta policial.

—Guárdelos —ordenó el inspector, y empujó la puerta de cristal.

De repente, su mente se retrajo al año noventa y ocho cuando el huracán George se coló por una de las ventanas de la caserna en la que se preparaba para entrar en la policía. El viento de aquel demonio destruyó todo lo que se le paró al frente hasta que reventó el techo y sacó su furia por él. La única diferencia entre su recuerdo y la visión de la hamburguesería era que allí todavía quedaba el techo.

Bandejas llenas de comida, salsas viscosas y coloridas, servilletas, alguna gorra y chancletas desparejadas, se regaban por el piso en un caos al que sólo habían sobrevivido las mesas y las sillas atornilladas al suelo. Guarionex dejó el mostrador a su izquierda y arrastró su cojera en dirección al comedor que se abría bajo un arco pintado de rojo y amarillo.

Hacia el extremo más alejado de la entrada, a un par de metros de la pared que delimitaba el final del restaurante, vio el cuerpo de un hombre caído, doblado sobre sí mismo hasta casi tocar el suelo con la frente. El tipo se había quedado atrapado en la estructura de la mesa en una postura circense absurda e imposible.

El inspector se acercó y observó con más cuidado el impacto de los tiros. Uno en la cabeza y dos contra el respaldo del asiento después de haberle traspasado el pecho.

Rodeó al muerto y calculó que los tiros se los habrían dado a tres o cuatro pies, casi a bocajarro, por un diestro, pensó. Miró al suelo y vio dos casquillos. Caminó alrededor del cuerpo grabando en su memoria cada detalle del local, una bolsa imitación de una marca italiana en la mesa de la izquierda, un par de hamburguesas mordidas medio envueltas en papel de estraza y paquetones de papas repartidas por el suelo. En una silla, de camino a la salida, vio un juego de auriculares enganchados en el respaldo y casi pudo ver al tipo corriendo hacia la calle a punto de caer por el tirón del cable. En el suelo habían quedado las marcas del frenazo. El inspector sonrió.

—Vaya cocazo se ha llevado —se dijo para sí mismo, y volvió la atención al muerto.

Guarionex sabía que apenas lo tocara, caería como un fardo para rebozarse de ketchup y mayonesa como otra oferta más del menú. Se sentó al frente y esperó a que llegara la científica o el médico legista antes de mover el cuerpo y examinarlo mejor, aunque ya lo había reconocido apenas le vio el rostro reventado entre las patas de la mesa. Don Hipólito León Mejías, bachatero viejo reconvertido en reggetonero bajo el alias de El Antropófago.

Cantante, dique.

—Tampoco eras tan malo —le dijo mientras se agachaba para mirarlo a unos ojos perdidos en el último fogonazo que les quitó la vida y la mitad de la sesera.

Al cabo de unos minutos escuchó que alguien abría la puerta y un fuerte murmullo procedente de la calle barrió la intimidad creada entre Guarionex y el Antropófago.

—Inspector, esta vez ha llegado de una —la voz del coronel Espinosa lo saludó.

—Coronel —respondió Guarionex.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el mando.

Lo acompañaba un grupo de morenos más fuertes que el ají cargados de maletas y utensilios que la científica utilizaba para justificar sus actuaciones.

—Parece que mañana no va a haber concierto —respondió el inspector precediendo al coronel de camino al muerto.

—¡Carajo! —exclamó el coronel, que mandó tomar huellas a sus hombres—, y usted —le dijo a uno que tenía los brazos del tamaño de las piernas del inspector— ayúdeme a bajarlo al suelo.

El coronel Espinosa era un viejo conocido del inspector. Había hecho carrera en la policía aupado por sus propios méritos y por el empujoncito de su padre, un senador de familia que incluso después de muerto parecía seguir sentado en su escaño para servir a la patria y a los bolsillos del apellido. A pesar de todo, a Guarionex le resultaba fácil tratar

con él, gozaba de su confianza, nunca le había pedido nada y era de los que si tenía que soltar un batazo lo hacía sin tonterías ni politiquesos que tanto jodían al inspector. Un hombre con los pantalones bien puestos, al contrario de uno de sus guardias, que los llevaba a la mitad de los glúteos para mostrar la marca de sus interiores.

—No sabe atarse un cinturón y va a manejar eso —se burló el inspector al verlo manipular un bote de polvos para encontrar huellas.

El moreno tensó la musculatura y se mordió la lengua mientras se subía los pantalones manchándolos de polvo negruzco.

—Inspector, no joda a mis hombres —lo recriminó el coronel.

Guarionex acató la llamada de atención y se concentró en el cadáver del Antropófago. El guardia de la científica lo agarró por las axilas y lo dejó en el suelo boca arriba. La cara estaba reventada por un disparo que le había entrado por el parietal izquierdo y salido por la coronilla con todo y sesos.

—Le han dado duro —comentó el guardia.

—Tres tiros —dijo el inspector.

El coronel Espinosa se acercó al cuerpo y observó los impactos de las balas.

—Tres pies —dijo—, y los tres tiros desde el mismo lugar.

Dio un par de pasos atrás y se colocó en la posición que calculó que procedían los disparos.

—¿Zurdo o derecho? —preguntó el inspector.

—Derecho. Primero a la cabeza, pam, y después los otros dos, rápidos, pam, pam —dijo simulando con la mano el movimiento de la pistola—, por eso no le ha dado tiempo a caer. El de la cabeza lo tumba y los otros dos lo clavan al asiento.

Guarionex se puso a su lado y observó la escena desde los ojos del coronel, y del propio asesino.

—Le ha dejado la jeta como una de ésas —dijo señalando una hamburguesa caída en el suelo.

El coronel lo miró y sonrió.

—Ya nos encargamos nosotros —le dijo.

Guarionex dio media vuelta y salió de la hamburguesería con aquel paso de media pierna jodida. De camino a su vehículo se detuvo frente a los testigos.

—Súbanlos a la guagüita y llévenlos a la estación. Y consigan las copias de ésas —dijo señalando una cámara de seguridad que apuntaba a la entrada, y de las cuales había contado tres dentro del local y un par más sobre el mostrador de la caja.

Sus palabras fueron recibidas con quejas por los empleados, seis chicas y cinco muchachos, dos con mallas en la cabeza y tres sin ellas. Once interrogatorios y él con un hambre del diablo a pesar de que las fotografías de toda aquella comida de plástico le habían quitado el apetito más incluso que la visión del propio cadáver.

Montó en su yipeta y arrancó. El boulevard bullía de actividad. La mayoría de las excursiones que sacaban a los turistas de los resorts llegaban o salían a esa hora. Adelantó a un par de camiones de safari y a un paquete de minivans, que rivalizaban con los taxistas por ver cuál de ellos era más animal al volante, y se encaminó a almorzar antes de regresar a la estación de policía.

El boulevard era la continuación de la autopista que venía de la capital y que comunicaba el aeropuerto de Punta Cana con la mayoría de los hoteles que se extendían por más de cincuenta kilómetros por la costa más oriental de la isla. Una vía rápida que a la postre había resultado ser el final de la verdadera Dominicana, la de los colmaditos, de los motores, de la carne oreando en palos de madera y de los pequeños negocios, y a la que había expulsado fuera de la vista de los turistas desplazándola a calles interiores que nacían por todas partes como pequeños riachuelos afanados por desembocar a un río mayor. Un Amazonas de asfalto con las riberas perforadas de afluentes que se metían en la vía principal en busca del maná procedente de los autobuses de turismo.

Avanzó con la SantaFé hasta una de esas calles y se metió por un camino de tierra a la izquierda de la vía. Pasó al frente de un edificio de cuatro plantas en construcción y torció a la derecha entre cascotes y restos de tubos y blocks. A la sombra del nuevo edificio había quedado el restaurante de Rafael, cuyas mesas, sillas, platos e incluso los propios comensales, eran fácilmente distinguibles por la capa de polvo que los cubría.

Guarionex aparcó frente a la puerta y entró.

—Pensaba que nos habías sacado el pie —lo saludó Rafael señalando un reloj clavado a la pared junto a un cuadro de peces de colores cubierto de polvo.

—Vainas del trabajo, ya tú sabes. ¿Qué te queda? —preguntó el inspector, consciente de que después de las dos de la tarde sólo quedaba rebañar restos.

—¿Locrio de puerco y una ensalada?

—La ensalada se la echas al puerco para la próxima.

Lucy, la camarera, acudió al rescate del inspector y pasó un trapo mohoso por una silla. Después hizo lo propio con la mesa, lo que le valió una sonrisa por parte de Guarionex y las carnes, en otra época bisoñas de la doña, se agitaron con alegría. Regresó al cabo de unos minutos con una botella de cerveza fría dentro de una caña de bambú, una jarra envuelta en polvo y unos cubiertos a juego. El inspector sacó una servilleta de papel del dispensador y la pasó por la cuchara y el cuello de la botella, después dio un trago largo a la cerveza sin sacarla de la caña y esperó paciente por su arroz caldoso con puerco.

—Cuando acaben —dijo Rafael señalando el edificio— esto será como Nueva Yol, pero hasta entonces no hay diablo que pueda con esta polvareda.

Guarionex asintió y su mente volvió a la hamburguesería.

Por el camino había visto un par de afiches del Antropófago entre carteles de políticos en perpetua campaña. Aparecía con letras blancas sobre un fondo rojo en el que se anunciaba su concierto en el hotel Rock Star Palladium, uno de los más grandes y modernos de la zona. El viejo vestía una cadena de oro de la que colgaba un broche con una A cruzada con dos barras perpendiculares imitando el símbolo del dólar, una gorra de medio lado con el mismo logo, gafas de sol del tamaño del frontal de un autobús, dos pendientes con la misma A dolarizada y una camisa púrpura que se perdía en el rojo de fondo, como si la cabeza y las manos del pobre desgraciado salieran de un bote gigante de ketchup. Guarionex hizo una mueca ante su propia ocurrencia y Lucy lo remedó mientras le dejaba su locrio sobre la mesa empolvada.

Guarionex apartó un trozo de puerco con la cuchara y se lo echó a la boca. En verdad no le gustaba el giro en la carrera musical de la víctima, le jodía aquel golpeteo de motor de guagua vieja en que se estaba convirtiendo la música. A él le iban más las bachatas viejas como las que el mismo Hipólito León Mejías cantaba antes de convertirse en el Antropófago, pero aún así, que cantara aquella porquería no le parecía motivo suficiente para que nadie le diera tres tiros. Aunque cosas peores había visto en sus casi treinta años en la policía.

Apartó el pensamiento del pobre diablo y se centró en su locrio. Cuando ya no quedaba una patica por roer, apuró la cerveza y salió. Su teléfono tenía más de diez llamadas del coronel Feliz, el mando superior de la policía para toda la zona de Bávaro y Punta Cana. Dejó el celular en un hueco del salpicadero de la SantaFé y enfiló para la estación.

Llegó a los pocos minutos y comprendió las prisas del coronel Feliz. La comisaría estaba rodeada de curiosos, equipos de radio, dique periodistas de la zona e incluso cámaras de televisión que esquivó para meter su yipeta en el parqueo. Dejó el coche y pasó como una exhalación entre la gente que se agolpaba alrededor del mostrador de atención del destacamento. Subió las escaleras y entró directo en el despacho del coronel.

—Buenas tardes, inspector —lo saludó el mando—, voy a pegarle el maldito teléfono a los granos y cada vez que tenga que llamarlo sólo tiraré de una maldita cuerda.

—Coronel, este celular me lo regaló Clara y me cuesta incluso encontrar cómo prenderlo —se excusó el inspector.

—Siéntese.

El coronel le señaló uno de los dos confidentes frente a su escritorio. Guarionex miró a su alrededor. Conocía aquella oficina mejor que su propio apartamento y sabía que bajo el enfado del coronel se escondía una llamada de atención de algún capitoste de la

capital, cualquier mamagüevo con apellido que lo habría pillado fuera de base. Eso era todo.

—¿Cómo está Clara? —preguntó el coronel Feliz.

—En Nueva York, viene la próxima semana.

—Me alegro, siempre es bueno tenerla por aquí —el tono del coronel bajó unos cuantos escalones de intensidad— ¿Qué ha averiguado?

—Que el desgraciado conocía al matarife.

—¿Cómo sabe eso?

—Le han dado tres tiros a quemarropa y ni siquiera hizo el gesto de apartarse o de salir corriendo.

El coronel Feliz asintió.

—Desde que ha trascendido la identidad de la víctima, esto ha sido un maldito lío. Me ha llamado el general de la policía, directivos del hotel, periodistas, fanáticos del cantante y todo maldito tiguere que haya conseguido mi número por ahí, así que fájese con la vaina y dele duro. No puede pasar de esta noche sin que haya un detenido.

—Mande encerrar a los de siempre —respondió Guarionex.

El coronel dio un golpe sobre la mesa.

—¡Si va a decirme cómo he de hacer mi trabajo, yo le voy a explicar cómo ha de hacer el suyo!

—A la orden, coronel —Guarionex se levantó, empujó su silla contra el escritorio y salió de la oficina del mando.

Se asomó a la barandilla que daba al piso inferior y le gritó a uno de los guardias que le hiciera subir a los empleados de la hamburguesería, después entró en su oficina y se sentó detrás del escritorio. A diferencia de la del coronel, él no tenía ni siquiera un monitor, un teclado o, aunque fuera, una jodida radio. Tiempo atrás tuvo un teléfono, pero se le rompió contra la cabeza de un detenido y nunca más. La nómina del mobiliario la completaban dos escritorios vapuleados por los años, una silla oxidada que crujía como el somier de unas cabañas, un taburete de madera, una silla de plástico blanca y una caja de cervezas Presidente que utilizaba como asiento extra o reposapiés según fuera menester.

Al cabo de unos segundos uno de los guardias golpeó la puerta y pidió permiso para entrar. Detrás de él apareció la fila de empleados del McDonald's con sus uniformes y un olor a fritanga, aceite podrido y plástico rancio que se instaló en la oficina del inspector.

Guarionex hizo como que no los había visto entrar, se levantó de su silla y salió. Bajó por las escaleras hasta el despacho que la fiscal tenía en la planta baja, el único de toda la comisaría con una cafetera decente, y esperó a que la máquina de la licenciada colara el

café de una bolsa serigrafiada con la marca de un conocido hotel de la zona. Se sentó en la butaca de la fiscal, una joven higüeyana que había hecho carrera en la judicatura a la sombra de su tío, don Benigno, senador por la provincia de La Altagracia casi desde la llegada de Cristóbal Colón, propietario de la mitad de los negocios de la zona y lo más parecido a un cacique como los que tenían los indios. Guarionex se levantó con la taza caliente entre las manos y se paró al frente de una fotografía de la joven con la toga y el birrete. A su lado brillaban unas gafas doradas que enmarcaban una de las miradas más despiadadas del país. El inspector sintió un escalofrío al mirar a los ojos de don Benigno y recordó cuando años atrás tuvo que sacarlo del interior de un famoso prostíbulo después de que un tiroteo acabara con varias chicas y un par de clientes. La imagen de aquel esperpento en ropa interior, flaco como una radiografía, cabezón y lagartijo, no se correspondía con la de un tipo sin escrúpulos dedicado a engrandecer su fortuna a cualquier precio. Aún lo tenía esposado contra el frontal de su vehículo cuando recibió una llamada de su superior ordenándole que lo liberara. Guarionex escupió al suelo, dejó la taza sobre la mesa de la fiscal y regresó a su despacho.

La fila de jóvenes permanecía en el mismo orden en que los había dejado. Un rato de pie en aquella oficina desolada servía para ablandar a cualquiera.

—¿Quién me cuenta qué pasó? —dijo sentándose en su silla con una voz más afectada por el recuerdo del prostíbulo de lo que él mismo se habría permitido.

Los jóvenes comenzaron a quejarse por la espera y a hablar todos a la vez ante la mirada vegetativa de los dos guardias que los custodiaban, tumbados uno en una silla de plástico y el otro sobre la mesa del inspector.

Guarionex contó hasta cinco mentalmente y después golpeó el escritorio con la palma de su mano.

—¡De a uno, carajo! —gritó ante los rostros de pavor de los jóvenes.

El silencio se hizo con la oficina apestada del inspector y las miradas de los empleados de la hamburguesería se centraron en las puntas de sus pies.

—A ver, tú y tú —señaló a dos chicos que llevaban mallas en la cabeza—, ¡pa' fuera!

Los dos jóvenes se miraron entre ellos y, cuando vieron que el guardia les abrió la puerta, desaparecieron en un segundo.

—Dos mamagüevos menos —masculló uno de los guardias.

—¿Cuál de vosotras vio al tipo? —preguntó Guarionex.

Una de las chicas levantó la mirada y posó sus ojos cansados en el rostro del inspector. Guarionex asintió.

—¿Puedes describirlo, lo reconocerías si lo vieras otra vez? —le preguntó directamente el inspector. La chica afirmó de nuevo con la cabeza.

—Está bien, el resto podéis marcharos.

Los jóvenes levantaron sus miradas y una corriente de alivio los conectó como a miembros de una secta.

El guardia de la puerta se levantó de la silla de plástico y giró el pomo.

—Un momento, ¿quién estaba en la caja? —los detuvo Guarionex.

Los jóvenes guardaron silencio y bajaron las miradas al suelo.

—¿Los bajo con los morenos? —preguntó el guardia a Guarionex.

Los empleados levantaron la mirada y señalaron a una gordita de mirada tímida y el pelo aplastado por la combinación del alisado del salón y la grasa del restaurante.

—Ella —dijeron al unísono.

—Guárdamela —le dijo al guardia—, el resto ¡fuera!

Y apenas dio la orden, el policía abrió la puerta dejando salir a todos los empleados menos a la testigo y a la cajera, que se quedaron en pie frente al inspector. Guarionex le tendió una silla a la primera y observó como los ojos dulces de la gordita se encendían por la rabia de haber sido delatada, después le pidió al guardia que esperara fuera con la cajera e invitó a la otra a sentarse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el inspector.

—Yulaimy, Yulaimy Rojas —respondió la muchacha.

Le hizo saber que era oriunda de un campito cercano a Nagua, que tenía veintiún años y que había venido a Bávaro buscando con que alimentar a los tres muchachitos que había dejado con la abuela.

—¿Sin padre o sin madre? —preguntó de nuevo el inspector al notar que la testigo no cantaba el segundo apellido.

—No tengo padre —reconoció.

Guarionex la miró con una cierta tristeza. A fin de cuentas no era más que otro capítulo repetido de la misma historia, sueños que se daban de bruces con la realidad y acababan en la cocina de un restaurante, la barra de un casino o en la cama mohosa de unas cabañas. Un destino que sólo dependía de las redondeces de cada chica y de sus habilidades para moverlas.

—No tengas miedo, no te va a pasar nada, no te vamos registrar —le dijo mientras posaba su vista en el otro guardia—, explícame qué sucedió en el restaurante.

La muchacha levantó la mirada y, tras jugar con unos segundos con los botones del uniforme, le explicó al inspector que la llegada del Antropófago había supuesto un revuelo, que todo el mundo se le había tirado arriba para sacarse fotos y hacerse selfies con él, pero el hombre, tranquilo, después de dejarse tomar todas las fotos y se fue al

fondo del restaurante sin gastar ni veinte pesos en una botella de agua. A la media hora llegó un moreno alto vestido como un príncipe en domingo de baile, se le paró al frente, le dijo algo y le dio tres tiros.

Guarionex escuchó el relato de la joven y su primera intuición, que Hipólito León Mejías, alias el Antropófago, esperaba a alguien conocido, tomó fuerza. Sólo tenía la duda de si el pobre cantante sabía lo que le iba a ocurrir o no.

Después de hacerle un par de preguntas más a la joven, tomó su número de teléfono móvil y la dejó marchar.

La joven se levantó y lo miró a los ojos.

—Puede llamarme cuando sea.

Guarionex la acompañó a la puerta.

—Pero mejor de noche porque de día trabajo —le dijo con una sonrisa en la boca que ponchó al inspector antes de agarrar siquiera el bate.

El inspector siguió el contorno de la joven al bajar las escaleras y dejó escapar un bufido.

—Dicen que las de Nagua no se pueden sentar en sillas de plástico porque las funden —le dijo el guardia sin contener la risa.

—¡No joda, estoy yo como para aguantar muchachitas con tres hijos!

—Donde comen tres, comen cuatro, inspector —el guardia rio de su propio chiste y Guarionex se sentó de nuevo tras su escritorio.

—Tráeme a la otra —le pidió al guardia.

La joven, a la que el uniforme no conseguía disimular las protuberancias de unas carnes castigadas por el exceso de grasa procesada, se sentó en la misma silla que unos segundos atrás había corrido el riesgo de ser fundida por la fama de las jóvenes de Nagua.

Guarionex la miró y pidió a los dos guardias que salieran.

—Y dime, ¿qué se mueve?, cuéntame de lo tuyo.

La joven levantó la cabeza, miró al inspector y devolvió la vista al suelo.

—Yo no he visto nada —dijo por fin.

Guarionex comenzó a sentirse incómodo por el olor a fritanga y una arcada le devolvió el sabor agrio del cerdo del almuerzo.

—Ya sé que no has visto nada, no es de eso que estamos hablando.

La joven volvió a levantar la cabeza y miró al inspector. Le amagó un par de inicios de conversación y se refugió de nuevo en la punta de sus gastados zapatos negros.

—Tengo dos varones y a mi madre a cargo —dijo la joven.

—¿Acaso te los hice yo? —le preguntó Guarionex.

La joven mordía algunas palabras que no llegaban a concretarse lo suficiente para que el inspector llegara a entenderlas.

—¿Cómo se llama tu tíguere? —le preguntó el inspector.

—Nelson —respondió la voz afilada de la cajera.

—Pues dile al Nelson que no pudiste sacar más de cuánto, ¿dos mil pesos?

—¡Habían casi treinta mil! —se quejó la joven.

—Con cinco se jartará de romo y te hará otro muchachito.

La chica levantó una mirada cargada de odio al inspector y se metió la mano por el hueco que dejaba el cuello de la camiseta del uniforme. Rebuscó entre las tetas hasta que al final sacó un paquete de billetes arrugados que tiró sobre la mesa del inspector.

Guarionex la miró y dejó que esculcara sus cinco mil pesos pactados. Después recogió el resto y se lo echó al bolsillo.

—Saluda al Nelson y no dejes que te ponga la mano —le dijo a la cajera mientras señalaba hacia la puerta.

Esperó a que la gordita se fuera y abrió de par en par la ventana y la puerta de su oficina.

—Hasta los cuartos yeden —se dijo a sí mismo oliéndose las manos, y salió.

En la planta baja seguía el revuelo de curiosos. La prensa y los detenidos habituales se mezclaban en un tumulto que obligó al inspector a regresar para refugiarse en la oficina del coronel Feliz.

—Inspector —lo saludó el mando al verlo entrar—, ahora iba a mandar a llamarlo.

Un par de fotografías en las que una mujer joven, acompañada por dos niños pequeños, posaba para la cámara adornaban el escritorio del coronel. Al fondo, en lugar de una silla de plástico y un taburete, tenía dos sillones y una mesa de centro en la que se agolpaban revistas de turismo y prensa local. Las paredes estaban forradas de diplomas, escudos y reconocimientos conseguidos durante su carrera en el cuerpo y lo mejor, en lugar de un cuadro del padre de la patria, un busto pétreo de Juan Pablo Duarte descansaba en un pedestal junto a la pared. Un armario con una televisión, un pequeño perchero y dos confidentes, uno de ellos con un tipo sentado en él, completaban el inventario del mobiliario a disposición del coronel. El ocupante del asiento, un moreno con el pelo corto y cerquillo en la frente, un pendiente imitación de diamante en la oreja izquierda, pantalones violáceos a juego con una casaca del mismo color cuatro tallas más grande, zapatillas blancas desabrochadas con las lengüetas abiertas, los tobillos desnudos, sin medias, camiseta roja de tirantes y una cadena de la que colgaba la misma A que había

visto anunciada en los afiches de promoción del concierto del Antropófago, se levantó al ritmo de las palabras del coronel.

—Le presento a Edwin Carpio, representante del difunto y promotor del concierto.

Guarionex lo miró, le estrechó la mano anillada y le calculó una treintena que ya insinuaba un principio de alopecia tras el cerquillo cortado a navaja en la frente.

—El señor Carpio ha venido para ponerse a nuestra disposición en todo lo que pueda colaborar —aclaró el coronel.

El moreno asintió en un bamboleo que acompañó abriendo sus manos como un pescador que presumiera del tamaño de su presa.

—Aún no me puedo creer que el Antropófago esté a la derecha de nuestro Señor —dijo con voz sentida— ¡Que el altísimo lo acoja en su seno!

—Amén —dijo el coronel antes de que el inspector abriera la boca.

—¿Sabe qué hacía el señor León en el McDonald's? —preguntó Guarionex sin atender a la plegaria.

—Estaría comiendo —respondió el representante.

—¿Conoce a alguien que responda a la descripción de un tipo alto, moreno, de unos cincuenta años y vestido como un príncipe de domingo de baile? Quizá algún tiriri del ramo —preguntó Guarionex.

Edwin Carpio se tragó la puya.

—La mayoría vestimos elegantes, podría ser cualquiera —respondió con calma.

—¿Se le conoce familia, hijos, mujer, un pájaro? —preguntó Guarionex sin hacer caso a la respuesta del representante.

—Sé que tiene una hija que vive en España —respondió el representante.

—Avisela. Muchas gracias por la colaboración —respondió Guarionex dando la espalda al promotor y haciendo intención de marcharse.

—Un segundo, inspector, el señor Carpio tiene una petición que hacer —las palabras del coronel Feliz detuvieron a Guarionex con el pomo de la puerta en la mano.

—Usted sabe que el Antropófago iba a dar un concierto en el hotel.

Guarionex asintió.

—¿Y? —preguntó el inspector sin soltar la puerta.

—Acababa de cobrar el anticipo por el concierto.

Guarionex sonrió. Comenzaba a ver el motivo de ponerse a disposición de la policía. El coronel Feliz lo reprendió con una mirada y Guarionex tosió para disimular la risa.

—Y en ese dinero que no ha aparecido, estaba su comisión, ¿me equivocó? —lo puyó el inspector.

—El contrato especificaba que recibiría tres pagos, uno en la firma del contrato, otro a tres días del concierto, es decir, ayer, y el último una vez se hubiera realizado el show —respondió Edwin Carpio.

—Pero, ¿todas estas vainas no las manejan los representantes? —preguntó Guarionex.

Edwin Carpio formó una palabra, quizá una frase entera en su garganta, pero se la tragó antes de que las ondas de su voz la dejaran salir de la boca.

—En el caso del Antropófago era diferente —respondió por fin el representante.

Los dos policías se miraron. No necesitaban un plano para entender que la pregunta del inspector había destapado algo que no olía bien.

—¿Qué tenía de diferente? —ahora fue el coronel quién preguntó.

—¡Yo sólo quiero lo que me toca! —gritó nervioso Edwin Carpio.

—¿Y qué te toca a ti? —preguntó de nuevo el inspector Guarionex, que ya había soltado la puerta y deshacía sus pasos en dirección al representante.

—El viejo recibió un cheque de un millón de pesos y no me pasó ni un chele —reconoció por fin Edwin Carpio.

Guarionex miró al coronel Feliz. Si el cantante andaba con un millón de pesos encima podía ser motivo más que suficiente para que alguien le diera tres tiros, pero lo cierto era que cuando él lo encontró no llevaba encima ni para comprar una botella de agua y, según las palabras de la camarera, el asesino tampoco se había acercado a él en ningún momento para llevarse ese dinero.

—¿Sabe dónde vivía? —le preguntó Guarionex.

Carpio le explicó que Hipólito León vivía en un apartamento en el Ensanche Naco de Santo Domingo, tras lo cual, el coronel decidió dar por finalizada la reunión y acompañó al representante fuera de la oficina asegurándole que sería el primero en enterarse tan pronto como encontraran el cheque.

Guarionex conocía el Ensanche Naco, uno de los mejores barrios de la capital pero a más de tres horas de Bávaro, lo que descartaba que Hipólito León Mejías hubiera perdido seis horas sólo para dejar un cheque en su casa, y abría otras opciones mucho más probables como que lo hubiera depositado en su cuenta, que se lo hubiera entregado a alguien de confianza o que lo hubiera guardado en la habitación del hotel Rock Star Palladium.

Aprovechó que las cámaras entrevistaban a Edwin Carpio a la salida de la comisaría y salió sin hacer mucho ruido.

El hotel Rock Star era uno de los últimos inaugurados en la zona. Ocupaba una extensión monstruosa, más de seis millones de metros cuadrados en los que se levantaban el propio hotel, docenas de piscinas, restaurantes, un casino, una discoteca, un campo de golf, apartamentos de lujo y un club de playa revestido en piedra coralina y madera de caoba. Siguió la carretera que salía de Bávaro hacia el norte, hacia la ciudad de Miches, y que finalizaba en el muelle inacabado de Sabana de la Mar, una ciudad costera desde la que salían los ferris para Samaná y en la que comer pescado, minutas, ostras y marisco hacían valer las dos horas que se gastaban para llegar hasta allí. Guarionex apartó los camarones a la criolla de su cabeza y siguió por la carretera hasta que una guitarra eléctrica gigante le anunció la presencia del hotel Rock Star Palladium. Se acercó a la barrera y le enseñó la insignia al guardia.

Mientras esperaba a que le dejaran pasar vio que eran casi las cinco de la tarde y la expectativa de tener que bregar con algún director extranjero lo puso de mal humor. Estaba cansado de ex militares o ex policías que no habían dado la talla en un cuerpo de verdad y ahora se creían los dueños del mundo porque mandaban al otro lado de una barrera. Peleles que pensaban que por ser extranjeros y tener un permiso de uso de armas podían comportarse como si estuvieran en una secuela de Rambo en el Caribe. Abrió la ventanilla y le preguntó al guardia si tenía que esperar mucho más o se bajaba del vehículo para esposarlo y llevárselo preso por obstrucción a la autoridad.

El guardia lo miró asustado y le dijo que su jefe estaba al caer. Guarionex no quería pagar su frustración con aquel desgraciado al que hacían trabajar doce horas seguidas por poco más de cien dólares al mes, y se guardó las ganas. Como le había dicho el guardia, casi al instante apareció un vehículo por el otro lado de la barrera. Un carrito de golf de color negro con el logotipo del hotel estampado en el bonete. Lo conducía una masa de gimnasio, quizá un pelotero fracasado como tantos en la isla, y a su lado un tipo con bigote, pelo negro engominado hacia atrás, poco más de un metro sesenta de alto (como pudo comprobar cuando se bajó del carro), pantalón militar comprado por Internet, camisa de ejecutivo con el logo del hotel bordado en el bolsillo derecho y una placa dorada en la que el inspector leyó: “Juan Gómez, seguridad”.

El tal Gómez hizo un gesto al guachimán de la puerta y la barrera se levantó para dejar entrar al inspector.

—Buenos días. Qué triste noticia la que le trae por aquí —le dijo el hombre con un fuerte acento mexicano.

—Inspector Guarionex —se presentó.

—Sí, me dijo el guardia por la radio. No nos conocíamos, mi nombre es Juan Gómez y soy el encargado de la seguridad del Rock Star Palladium. Si quiere seguirme hasta mi oficina podemos platicar allá.

Guarionex asintió y cerró la ventanilla de la SantaFé. Hacia el interior del complejo hotelero partía una carretera de doble carril que cruzaba el campo de golf y las residencias

de lujo. Tras unos minutos de serpentear entre villas y hoyos verdes como el corazón de un viejo, el carrito del golf se desvió por una carretera lateral y atravesó un arco de piedra tachonado con las palabras “Marina Rock Star” en letras doradas, siguió esa nueva vía hasta una pequeña rotonda al frente de un edificio de dos plantas, y se detuvo junto a una gran piscina con vistas al mar.

Era evidente que el tal Juan Gómez había decidido hacer una parada previa antes de dirigirse a su despacho. Las oficinas de seguridad acostumbraban a estar alejadas del hotel, como ocurría con la lavandería, los talleres, los almacenes o los mal llamados departamentos de recursos humanos. En algunos casos compartían espacios subterráneos con las oficinas de administración, pero nunca frente al mar.

—He pensado que seguramente querría ver la villa de don Hipólito. Mi oficina no ofrece tanto atractivo —le dijo el hombrecillo como si hubiera leído los pensamientos del inspector.

Guarionex miró hacia atrás y vio que el moreno musculoso que hacía de chófer también hacía las funciones de guardaespaldas.

—¿Sabe?, ha sido una noticia terrible que nos ha consternado a todos. La dirección del hotel y del casino están en shock, ¿quién podría querer hacer daño a don Hipólito?

—No tengo idea —dijo Guarionex, más pendiente del moreno que de las palabras del director de seguridad.

—El hotel había puesto a su disposición la villa Heavy Rock, una de las más lujosas del complejo y que don Hipólito no se cansaba de agradecer. En los pocos días que llevaba entre nosotros se había ganado el cariño de todo el mundo. Ésta es —le dijo frente a una edificación de dos plantas con vistas al mar.

Guarionex observó a su alrededor. A los lados de la villa Heavy Rock se levantaban varias más en una demostración de opulencia que el inspector conocía de sobras. De hecho, eso formaba parte del negocio y servía de acicate para que cientos de miles de trabajadores de clase media de todo el mundo escogieran Bávaro y Punta Cana para sus vacaciones.

Juan Gómez pasó una tarjeta por el lector incrustado en el marco de la puerta y un chasquido liberó la cerradura. Empujó la gigantesca lama revestida en madera y, ante sus ojos, se descubrió una sala diáfana con una cristalera al frente y el reflejo de una piscina que se diluía en la arena blanca de la playa. La sala estaba amueblada al estilo colonial que tanto gustaba a los turistas, pero salpicada de modernidad en los detalles: cuadros enmarcados en aluminio, pinturas estrafalarias con trazos de acuarela, jarrones, molduras, lujo minimalista para que el turista se sintiera como una persona importante durante dos semanas. Una gran mesa de cristal hacía las veces de comedor, y varios sillones se enfocaban frente a un televisor más grande que el apartamento del inspector.

No había cocina porque todos los servicios dependían del hotel.

Antes de subir a la primera planta por una escalera que se abría a la derecha de la entrada, Guarionex echó un vistazo rápido. No vio nada que delatara la presencia del Antropófago en aquella villa más allá de una revista abierta sobre la mesa de centro y un par de toallas puestas a secar en el espaldar de una de las tumbonas de la piscina.

—Si quiere, podemos subir —Guarionex miró de reojo al mexicano, que no había dejado de enumerar las maravillas de la instalación desde que llegaron, y lo siguió escaleras arriba.

La habitación, como la planta baja, había sido recogida y ordenada. Pasó la vista por la cama, una king size encarada al mar, por los muebles: un par de sifonieres laterales, un armario empotrado con las puertas de espejo y dos mesillas de noche a juego con el resto del mobiliario, un gran cuadro abstracto sobre el espaldar de la cama, otro más pequeño en la pared lateral y un baño de lujo con jacuzzi y salida a la terraza.

Rodeó la cama y abrió ambas mesillas de noche. Vacías.

Se giró y abrió la doble puerta del armario activando una pequeña bombilla interior que dejó al descubierto unas cuantas prendas colgadas de las perchas, entre ellas el traje rojo con el que posaba en los anuncios de la carretera.

—Era el traje del concierto —replicó la voz del mexicano a sus espaldas.

Guarionex asintió y movió las prendas de un lado a otro de la barra. Cerró el armario y entró en el baño. Todo estaba perfectamente recogido. Los enseres personales del Antropófago descansaban ordenados en un extremo del mármol, y las amenities del hotel lo hacían colocadas en una bandeja de madera de coco. Un par de albornoces colgaban de sendos soportes en la pared y un juego de toallas sin usar descansaba en una rejilla sobre la bañera. El inspector salió del baño por la puerta que daba a la terraza, rodeó el jacuzzi y se apoyó en la barandilla que miraba al mar.

El océano Atlántico moría contra una capa de arena caliza que le hacía de freno, a pocos metros de la villa, y en la que tres palmeras, dos elevadas al cielo y una arqueada contra el mar, completaban la imagen de lo que más de la mitad de la población mundial entendía como el paraíso.

—Hermoso, ¿verdad? Nos encanta que nuestros huéspedes se despierten con esta belleza —volvió a interrumpir sus pensamientos el señor Juan Gómez.

Guarionex se giró hacia el pequeño mexicano.

—¿La caja fuerte está detrás del cuadro o en el armario? —preguntó.

—Buena, güey —respondió Juan Gómez sorprendido por la única pregunta que le había hecho el inspector en toda la tarde—. Detrás del cuadro, pues.

Guarionex abrió la cristalera que separaba la habitación de la terraza y entró. Después dejó que el director de seguridad le mostrara la caja y le pidió que la abriera.

—Sé que para esto hace falta una orden, inspector, llevo poco tiempo aquí pero no soy pendejo, sin embargo no creo que ninguno de los nos vayamos a chingar las madres, ¿ok?

El inspector lo miró y las palabras del director le sacaron una sincera sonrisa.

—No, don, ninguno estamos ya para chingar a nadie —respondió.

Juan Gómez asintió a las palabras del inspector y presionó el marco del cuadro, que se abrió descubriendo una pequeña caja fuerte empotrada en la pared, después sacó su tarjeta de seguridad y la pasó frente al teclado de la puerta de la caja. Una bombilla verde se encendió y el director abrió la puerta mostrando al inspector el interior de la caja fuerte.

—No hay nada —constató el señor Juan Gómez.

—Ahora sí que nos chingaron —respondió el inspector.

El hombre cerró la caja y colocó de nuevo el cuadro en su posición original.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted o quiere que le deje unos minutos para que busque tranquilo lo que sea que anda rastreando?

Guarionex comenzaba a sentir una cierta simpatía por el mexicano.

—No. Podemos marcharnos.

El moreno los esperaba junto a la puerta de la entrada, y tan pronto como los vio salir, corrió a ocupar su plaza de chófer en el carrito.

—Para cualquier cosa, inspector, le dejo mi tarjeta.

—Gracias, don.

Guarionex estrechó su mano y se dirigió a su vehículo. Abrió la puerta y, justo antes de entrar, se giró al director de seguridad.

—Una cosa más, ¿podría ver que ninguno de los empleados de mantenimiento o limpieza se hubieran llevado nada de la habitación a modo de recuerdo?

—¿Un recuerdo de qué tipo? —preguntó el director de seguridad.

—Un cheque de un millón de pesos —respondió el inspector.

—Cuenta con ello —respondió el señor Juan Gómez con una media sonrisa que Guarionex devolvió mientras subía a su vehículo.

Si el bendito cheque era la causa de los tres tiros, quién fuera que esperara encontrarlo en la caja fuerte de la habitación debía estar compinchado con alguien del hotel. Otra posibilidad, descartando la del viaje de Hipólito León Mejías hasta su casa de Santo Domingo, era que lo hubiera depositado en una oficina bancaria antes de que lo mataran.

Llegó a la estación en poco menos de veinte minutos y, a pesar de que el día comenzaba a oscurecerse, una sensación de alivio lo reconfortó al comprobar que no quedaba rastro de cámaras, periodistas o curiosos tras la estela del asesinato del Antropófago. El edificio de la policía tenía apenas tres años aunque comenzaba a mostrar síntomas evidentes de cansancio, sobre todo en los marcos de las puertas y ventanas, en los zócalos y en la pintura de toda la construcción. En la planta baja se alojaba una decena de despachos ubicados alrededor de un centro diáfano con una alegoría del estado dominicano pintada en el techo: Dios, patria y libertad a modo de cúpula clásica. En el ala derecha se encontraban la oficina de la fiscal, el despacho de la policía de tráfico, un cuarto para la Interpol, que se utilizaba principalmente para retener a los turistas incapaces de soportar una hora en el calabozo, y dos despachos de la DICRIM, la Dirección Central de Investigaciones Criminales. Al otro lado se ubicaban las celdas, un despacho para el mando de guardia y la escalera que subía al primer piso.

Cruzó rápido entre los escogidos para ocupar plaza en el calabozo cuando un grito lo detuvo al pie de la escalera. Uno de los detenidos, un moreno alto como un palo de la luz, gritaba a alguien que parecía estar fuera del edificio mientras el resto de la fila, cinco hombres a cual más flaco, lo miraban como las leonas observan a las cebras cuando no tienen hambre. Guarionex, por si acaso, se echó la mano a la pretina del pantalón y sacó su pistola.

—¡Deja de gritar! —lo amenazó el guardia que cubría la entrada de la celda.

En el suelo se esparcían los enseres que les habían quitado antes de meterlos entre barrotes: cinturones, los cordones de los zapatos, cadenas, colgantes, un par de mochilas y cuatro gorras. El detenido, ajeno a las instrucciones del guardia, elevó el volumen de sus gritos hasta que un bofetón lo puso en mute haciéndolo rebotar contra la pared.

—¡Que silensé, coño! —le gritó el guardia soplándose la mano.

Guarionex guardó el arma y subió las escaleras.

Había algo en todo aquel tema del Antropófago que no le gustaba un pelo. Esos tres tiros en pleno día no eran para robarle un millón de pesos, y aunque pudiera ser, olía más a advertencia que a cualquier otra cosa. ¿En qué se había metido aquel desgraciado, o peor, a quién había engañado para recibir tal castigo?

Llegó a la puerta de su despacho y vio a un tipo vestido con un polo verde y el logotipo de una cámara de seguridad con las letras CamDom bordados en el pecho.

—¿Inspector Guarionex? —le preguntó apenas lo vio llegar.

No pasaría de los veinticuatro o veinticinco años. Alto, flaco, con el pelo bien cortado y el polo dentro de los pantalones.

—Yo mismo —respondió el inspector mientras abría la puerta de su oficina—. ¿Tú eres el de las cámaras?

El joven asintió.

—¿Y dónde están las cintas? —lo increpó al ver que no llevaba ni un maldito bultico en las manos.

—Todo eso está en la nube. Si me deja su celular, le instalo la app y usted mismo lo chequea —Guarionex lo miró con una expresión entre la sorna y la sorpresa.

El inspector recordó el regalo de Clara y sacó su teléfono del bolsillo. Él sólo lo utilizaba para mirar la hora y para llamar cuando necesitaba hablar con alguien. El resto de cosas que decían que hacía ese aparato le sobraban como a un cochino las almohadas. Le echó un vistazo y se lo tendió al joven.

—¿Puede ponerle la contraseña para desbloquearlo? —le pidió.

El inspector rió

—La contraseña es que eres el primero en tocar esa vaina además de mí mismo.

El joven lo miró extrañado y comenzó a manipular el teléfono ante la mirada curiosa del inspector.

—No me metas cosas raras —le advirtió.

El técnico de CamDom se limitó a asentir sin levantar la vista de la pantalla.

Guarionex aprovechó que el muchacho manipulaba su teléfono y reparó en una carpeta amarilla que alguien había dejado sobre su mesa. La abrió y encontró una copia de la cédula de la víctima. Sin los afeites de la farándula, Hipólito León Mejías no era más que un pobre viejo marcado por una juventud llevada al extremo. La vista al frente, sin pendientes, ni cadenas, ni lentes, ni esa maldita A cruzada que parecía acompañarlo a todas partes, allí no era más que otro hombre de campo recién bajado a la capital para sacarse sus papeles.

—Ya está —le dijo el joven.

—¿El qué está? —preguntó Guarionex.

—Ya puede ver las cámaras del local. Permítame que le muestre —le dijo el técnico mientras se ponía al lado del inspector.

Guarionex cerró la carpeta con la copia del documento de la víctima y la depositó en el extremo contrario de la mesa. El joven, incapaz de reparar en una carpeta que no estuviera dentro de una pantalla, se acuclilló a su lado y le mostró un icono en el celular. Lo pulsó y seleccionó la única opción disponible, McDonald's Downtown, después manipuló un calendario hasta ajustarlo a la hora y la fecha del asesinato del Antropófago y la pantalla del teléfono se dividió en cuatro partes con la misma película desde ángulos diferentes.

—Deja a ver si yo puedo hacerlo —le pidió Guarionex.

El joven le devolvió el celular al inspector y supervisó sus movimientos hasta estar seguro de que Guarionex había comprendido el sistema. Después le extendió una hoja de trabajo.

—Necesito que me firme esto.

Guarionex lo miró y le echó una firma. A fin de cuentas, aquel muchacho era de los pocos habitantes del país que todavía se ponían la ropa por dentro de los pantalones.

—Una cosa más, inspector, y perdone que me ponga de chismoso, pero tiene usted un paquete de mensajes sin leer.

Guarionex lo miró sin comprender.

—Aquí —le dijo tomando de nuevo el teléfono de sus manos—, ve, pinche aquí y todo esto son mensajes que usted no ha contestado. ¿Para qué se apunta si luego no contesta? —le dijo divertido.

El inspector le quitó el teléfono de las manos. A qué coño del diablo se iba a apuntar él si apenas lo usaba de reloj.

—Dame eso antes de que te meta preso o te corte esos dedos de jebito.

El joven mutó la cara de la sorna al pánico y salió del despacho del inspector sin volver la vista atrás.

Guarionex miró los mensajes que acababa de descubrirle el joven. ¿Qué era todo aquello y de dónde habían salido? Contó cuatro, tres de una tal Katia1970 y otro de Gataldiente.

—¿Pero qué vaina es ésta? —se preguntó el inspector.

Estuvo a punto de entrar y responder a lo que fuera aquella historia, pero decidió aparcarse el tema de los mensajes para centrarse en las cámaras de seguridad.

Abrió la aplicación y la pantalla se dividió en los cuatro rectángulos correspondientes a cada una de las cámaras. La primera enfocaba hacia la entrada, la segunda apuntaba a las cajas, lo que le hizo recordar que ya tenía con que pagarle algo de pendiente a Jean Marc, la tercera cubría las mesas frente al mostrador y la cuarta enfocaba a un comedor con Hipólito León Mejías sentado en el lugar más indigno del mundo para morir. El inspector le había pedido al muchacho que iniciara la reproducción a las once y cuarenta y cinco minutos, cinco minutos antes del asesinato a juzgar por las declaraciones de los testigos, de modo que la víctima apareció sola frente a los ojos del inspector cuando pulsó sobre el botón de inicio. Bajo los recuadros con la imagen grabada de cada cámara, una barra de estado le permitía ir hacia delante y hacia atrás, y si quería ampliar una imagen sólo debía tocar con el dedo encima del recuadro correspondiente. Decidió continuar con los cuatro ángulos al mismo tiempo y fijó su vista en la entrada sin perder detalle de la grabación que mostraba al cantante.

Lo veía tranquilo, sentado, sin hacer nada, sin hablar con nadie ni andar toqueteando su celular como todo el mundo. El Antropófago sencillamente miraba al frente y esperaba. En la puerta, un tipo disfrazado de payaso se ganaba los cuatro pesos de la quincena haciendo monerías y repartiendo globos para los niños que se arremolinaban a su alrededor. Las otras dos cámaras que mostraban el interior de la hamburguesería no tenía demasiado interés, más allá de observar a la gente tragando aquella bazofia.

Al cabo de unos minutos de grabación, Guarionex vio como un tipo que respondía a la descripción de la testigo, “vestido como un príncipe de domingo de baile”, se acercaba a la puerta y entraba en el local. La segunda cámara lo cogió casi de frente y el inspector le calculó algo más de cincuenta años, aunque se veía incluso en aquel cuadrado minúsculo que el tipo se cuidaba. Se paró en el centro del comedor y miró a su alrededor. Después cruzó hacia la parte donde lo esperaba la víctima. Vestía pantalón y americana blancos, zapatos marrones, que el inspector intuyó de piel buena, camisa verde y una corbata roja. El uniforme de cualquiera que deseara pasar inadvertido, se dijo el inspector con ironía. Cuando vio a Hipólito León Mejías, giró su rostro a la cámara en un gesto que al inspector le corroboró la intención de anunciar lo que iba a hacer. El cantante se levantó, le tendió la mano, que el asesino no tomó, y cruzaron unas palabras, pocas, porque apenas la víctima se sentó de nuevo en su silla, el hombre sacó una pistola, una Colt calibre 45, quizá una M1911 automática, y le dio los tres tiros exactamente como había deducido el coronel Espinosa.

Vio varias veces la repetición del asesinato y detuvo la imagen por un buen rato en el rostro del asesino mirando a la cámara antes de cometer el crimen.

Al cabo de unos minutos, el inspector se guardó el teléfono en el bolsillo y salió.